teología se estudia bien cuando la materia de estudio se hace materia de oración»[39]. Y concluye: «Sigamos siempre este consejo de nuestro Fundador, tan experimentado en la Iglesia a lo largo de los siglos [...].

Si la ciencia teológica no se abriese al amor de Dios, quedaría estéril»[40].

Soy plenamente consciente de haber referido sólo una pequeñísima parte del riquísimo legado sobre la formación que dejó don Álvaro a las alumnas y profesoras del Centro Internacional de Estudios Villa delle Rose y luego, en Villa Balestra. Un legado no sólo teórico, sino vital y de impulso vigoroso, con la fuerza que, de suyo, tienen el bien y la verdad.

Muchas cosas han cambiado y seguirán cambiando en la sociedad. La educación encontrará nuevos cauces y estrategias. Pero el núcleo de las enseñanzas de don Álvaro, en cuanto expresión de lo radical humano y cristiano, será siempre actual.

---

[39] Á. DEL PORTILLO, *Carta* 1-VII-1989, en *Rendere amabile la verità, cit.*, p. 168. En esta carta las palabras de san Josemaría remiten a un encuentro familiar que tuvo lugar el 21 de febrero de 1971.

[40] DEL PORTILLO, *Carta* 1-VII-1989, en *Rendere amabile la verità,* cit., pp. 168-169.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ALVARO DEL PORTILLO EN SU TRATO CON PIO XII, JUAN XXIII, PABLO VI, JUAN PABLO I Y JUAN PABLO II

Antonio Ducay

Monseñor Álvaro del Portillo tuvo la fortuna de conocer y tratar a cinco papas: Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Supo captar de modo especial su atención y su afecto. Inspiró confianza y se ganó su confianza.

Su paso por las oficinas y despachos del Vaticano y luego, años después, por el aula conciliar en tiempos del Vaticano II, dejó una huella de cordialidad, de profundidad teológica y de un hombre abierto al diálogo.

En esta exposición nos centraremos en este aspecto particular de la vida de Álvaro del Portillo. Se relatan algunas situaciones concretas, que muestran lo que fue Álvaro del Portillo en su trato con los cinco Sumos Pontífices que tuvo la singular fortuna de conocer.

Siempre se mostró como hijo fiel de la Iglesia y del Papa, del hombre a quien en ese momento concreto de la historia le cabía la responsabilidad grande de conducir la barca de Pedro.

El Fundador del Opus Dei, san Josemaría Escrivá de Balaguer, estaba buscando la fórmula jurídica apropiada para la ordenación sacerdotal de los miembros de la Obra, y no se sabía cómo ni cuándo se podría hacer realidad aquel sueño del Padre.

Los años iban pasando y tres miembros del Opus Dei, Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz, los tres ingenieros, dedicaban muchas horas a sus estudios sacerdotales, al tiempo que ayudaban al Padre en las labores apostólicas y continuaban con su trabajo profesional que daba, muy ajustadamente, los recursos económicos necesarios para las labores apostólicas de la Obra.

Por fin llegó la esperada luz de Dios: el 14 de febrero de 1943. Mientras el fundador celebraba la santa misa, Dios le hizo ver la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Sería una sociedad de vida común sin votos, según lo previsto en el Código de Derecho Canónico de 1917. A esa sociedad se adscribiría una pequeña parte del Opus Dei: los sacerdotes y algunos laicos en preparación para el sacerdocio.

El fundador sabía que esta no sería la solución definitiva, pero era la menos inadecuada para aquellos momentos. La solución definitiva llegaría en 1982, en el marco de un nuevo Código de Derecho Canónico y de los nuevos caminos abiertos

por el Concilio Vaticano II, y el Opus Dei se transformaría en Prelatura Personal, de modo que los sacerdotes se incardinarían en la Prelatura, como los demás sacerdotes diocesanos se incardinan en sus respectivas diócesis o Prelaturas.

San Josemaría siempre actuó con decisión. Pensó muy bien las cosas, pero una vez vistas, si de él dependían, rápidamente las ponía por obra. Por eso, al día siguiente, se presentó en El Escorial, cerca de Madrid, donde estaban Álvaro, José María y José Luis estudiando intensamente.

Entró en la habitación, los saludó y les dio la noticia. Después les dijo:

–Se va a llamar Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. (...) Álvaro tiene que venirse conmigo a Madrid para trabajar en unas cosas. Vosotros dos seguid estudiando y, cuando Álvaro regrese, lo ponéis al corriente[1].

Se prepararon los documentos, se presentaron al obispo de Madrid que decidió pedir enseguida el *níhil óbstat* (fórmula jurídica equivalente a «no hay ningún obstáculo») a la Santa Sede. El fundador pidió a Álvaro que llevase la documentación a Roma, y la presentase a la Santa Sede.

[1] Javier Medina. *Alvaro del Portillo. Un hombre fiel*. Rialp, Madrid, p. 223.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El 25 de mayo de 1943, Álvaro viajó a Roma en avión. La Guerra Mundial estaba en pleno fragor.

Italia era un país beligerante, junto con Alemania, y el avión llevaba bandera italiana. En el otro bando de la lucha se encontraban Inglaterra, Francia, Rusia y otros países.

Los italianos y alemanes estaban perdiendo la guerra y la aviación contraria dominaba el aire. Por tanto, era un vuelo riesgoso.

Cerca de las costas de Cerdeña vieron en el mar una flota de buques alemanes y, sobre ellos, unos aviones ingleses, que comenzaron a lanzar bombas sobre los buques de guerra alemanes.

De la flota marítima contestaban hacia los aviones con cañones antiaéreos, cuyos disparos estallaban cerca del avión en que viajaba Álvaro.

Literalmente, estaban entre dos fuegos. Álvaro relata así este momento:

«En nuestro avión viajaba una compañía de comedia italiana, que había dado representaciones en España...

Toda aquella compañía empezó a gritar, 'mamma mía... madre mía, ¡qué gran peligro!, ¡nos ahogaremos todos!' ».

Sigue diciendo que él no perdió la paz en ningún momento porque llevaba unos documentos importantes, que tenían que llegar a Roma.

Se decía a sí mismo: «voy a cumplir una misión que Dios quiere y, por lo tanto, no me puede ocurrir nada»[2].

Poco después aterrizó el avión en el aeropuerto de Roma. Lo esperaban José Orlandis y Salvador Canals, dos miembros de la Obra que estaban ampliando estudios de Derecho en Roma.

Al día siguiente de llegar a Roma comenzó sus visitas y gestiones. Conversó detenidamente con monseñor Montini, sustituto de la Secretaría de Estado y futuro Papa Paulo VI, y con altas personalidades eclesiásticas. Álvaro tenía entonces 29 años.

---

[2] Javier Medina, ob. cit., p. 224.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Don Álvaro con su uniforme de Ingeniero de Caminos, tal como se presentó ante Pío XII.

PAPA PÍO XII

El día 4 de junio fue recibido por el Papa Pío XII. Llevaba el uniforme de gala de ingenieros de caminos, color azul marino, hombreras de gala, condecoraciones civiles del cuerpo de ingenieros y espadín a la cintura, que era un recuerdo de los orígenes

militares de las ingenierías militares, que dieron lugar a las actuales ingenierías civiles. Así vestido, se acercó a la Puerta de Bronce del Vaticano y el oficial de la Guardia suiza, pensando que se trataba de un alto oficial militar, ordenó «guardia a formar». El visitante, que tenía tan próximos los usos militares de la pasada Guerra Civil española, no se extrañó y pasó revista con toda normalidad.

La audiencia fue muy cordial y extensa; duró tres cuartos de hora. El Papa ya tenía noticia del Opus Dei, porque había recibido anteriormente a José María Albareda, biólogo; a José Orlandis y Salvador Canals, abogados; a Francisco Botella, matemático; todos ellos miembros del Opus Dei. La conversación con estos jóvenes profesionales le había interesado mucho y había despertado en Pío XII el deseo de conocer más a fondo la Obra, también porque le habían llegado algunas informaciones distorsionadas y deseaba aclararlas. Hugo de Azevedo comenta la mentalidad existente entonces en los medios eclesiásticos, a los que costaba mucho entender que una persona pudiera aspirar a santificarse en un trabajo profesional corriente y en su propia familia. Les resultaba muy difícil aceptar que los laicos, trabajando en el mundo de la ciencia, la economía, la política, ámbitos que frecuentemente habían sido y eran hostiles en la Iglesia, pudiesen santificarse. Realmente, durante muchos siglos, la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

santidad había estado reservada exclusivamente al ámbito de los conventos y monasterios, lo cual había formado un sólido modo de pensar, anclado en siglos. El mensaje que traía el Opus Dei era ciertamente innovador. En los años 1962 a 1965, el Concilio Vaticano II, incorporaría ese mensaje a la doctrina oficial de la Iglesia. Por los años cuarenta y cincuenta, la sorpresa era tan grande que algunos eclesiásticos -pocos, ciertamente- llegaban a más y acusaban a don Josemaría Escrivá de Balaguer de "engañar a tanta buena gente con la idea descabellada de que las personas del mundo podían -¡y debían!- ser ¡tan santas como los santos de altar!".

Esto explica el interés con que el Papa Pío XII y los altos jerarcas del Vaticano escucharon al ingeniero del Portillo, quien pudo explicar con calma el espíritu y la naturaleza de la Obra. Además, expuso la necesidad de incardinar sacerdotes que atiendan, en el terreno sacerdotal, tanto a los miembros de la Obra y a los apostolados que se iban originando en diferentes ciudades. También habló al Santo Padre Pío XII de su deseo personal de ser ordenado sacerdote. Al terminar la entrevista le regaló un ejemplar de "Camino", dignamente encuadernado.

El Papa quedó muy contento con la entrevista y con las noticias sobre el desarrollo del Opus Dei. Comentó con el cardenal Tedeschini y con monseñor

Montini la buena impresión que le había dado la personalidad del ingeniero Del Portillo y la alegría que le había producido conocer más a fondo el Opus Dei[3].

El mensaje del Opus Dei rompía esquemas de siglos. Por ello, las altas personalidades del Vaticano recibían con interés esa gran novedad.

José Orlandis y Salvador Canals seguían de cerca y se entusiasmaban con los trascendentales pasos de Álvaro por el Vaticano. El historiador Orlandis, con su fina capacidad de observación, se fijaba muy bien en las reacciones que se producían en los altos cargos de la Santa Sede. Las expresó así:

«Aquellos hombres de la Curia Romana, curtidos por una larga vida de servicio eclesial, escuchaban a Álvaro del Portillo con respeto y profundo interés, precisamente porque su larga experiencia les permitía captar en toda su hondura, tanto la dimensión humana y sobrenatural de su interlocutor, como la trascendencia que la 'novedad' que les exponía habría de tener para el futuro de la Iglesia y del mundo»[4].

El 21 de junio regresó a España, dando gracias a Dios por la acogida tan cordial recibida en la Santa Sede.

---

[3] Cfr. Javier Medina, ob. cit., pp. 224-226.

[4] José Orlandis, *Memorias de Roma en guerra*, Rialp, Madrid, 1992, p. 67.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Quedaba el camino abierto para solicitar el *níhil óbstat* para la aprobación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El obispo de Madrid tramitó enseguida la petición al Vaticano y la aprobación pontificia se produjo con fecha 11 de octubre, fiesta de la Maternidad de la Virgen.

El obispo de Madrid eligió otra fiesta de la Virgen, la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre, para instituir la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Al año siguiente, los tres ingenieros fueron ordenados sacerdotes. La ordenación sacerdotal tuvo lugar en la capilla del Palacio Episcopal, el 25 de junio de 1944. Ofició el obispo de Madrid, monseñor Leopoldo Eijo y Garay.

Por entonces, ya había fieles del Opus Dei en Inglaterra, Irlanda, Francia, Italia y Portugal. La expansión de la Obra en el mundo hacía necesaria una aprobación de la Santa Sede, de ámbito universal.

El fundador, ayudado por don Álvaro, preparó los documentos necesarios y le encargó que volviese a Roma a presentarlos ante la Santa Sede. Muchos obispos españoles dieron cartas comendaticias, avalando la petición de aprobación pontificia de la Obra.

El 25 de febrero de 1946, recién

terminada la Guerra Mundial, don Álvaro, acompañado por José Orlandis, salió de Barcelona en el J.J. Sister, rumbo a Génova. Las gestiones que tenía por delante eran de muy alto vuelo. Don Álvaro entonces tenía 31 años.

Poco antes, Pío XII había nombrado un buen número de Cardenales para cubrir las 38 vacantes producidas durante la guerra mundial. El número total de cardenales era 70. Algunos cardenales estaban todavía en Roma, a punto de salir hacia sus países. Don Álvaro pensó que era una buena oportunidad de solicitar nuevas cartas comendaticias, que reflejasen la universalidad de la Obra. Un gesto audaz, ciertamente. Por eso, nada más llegar a Roma, comenzó a desplegar una intensa actividad. Para esto, hacía falta habilidad, simpatía personal, una gran dosis de persuasión y, por supuesto, mucha oración.

Uno de los obstáculos que encontraría sería la diferencia de idiomas, pero ya vería cómo resolverlo. Tenía previsto ver a algunos cardenales españoles, que ya conocía, y al cardenal de Berlín, al de Colonia, al de Nueva York, al de Westminster, al de Lisboa... ¡Una agenda intensa y un reto apasionante! Con algún cardenal no encontró más idioma común que el latín y en esa lengua consiguió explicarle el Opus Dei. El plazo era cortísimo, para algunos cardenales se trataba de sus últimas horas en Roma.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El resultado fue muy positivo: consiguió un buen número de cartas, de países pertenecientes a tres continentes. Eran un signo muy expresivo de la universalidad del Opus Dei, que produciría impacto en la Santa Sede.

Los días siguientes, ya sin apremios de tiempo, hizo contactos y amistad con importantes prelados de la Santa Sede. Monseñor Montini lo recibió con mucho afecto. Se habían conocido en el viaje anterior, tres años atrás. Ahí comenzó una amistad y afecto mutuo, que se prolongaría y fortalecería cuando ya fuera Papa Paulo VI.

También sintonizó con monseñor Tardini, ambos eran sustitutos de la Secretaría de Estado, cargos de gran importancia en la Santa Sede.

La audiencia más importante, decisiva, era la que iba a tener con el Papa Pío XII. Rezó mucho y pidió a otros que rezasen. Fue el 3 de abril. Enseguida, escribió una carta a san Josemaría contándole algunos detalles, que mostraban el grande afecto del Papa hacia el Opus Dei:

«A las 12:20 empezó la audiencia. Estuvo formidablemente cariñoso. Tenía preparadas unas palabras en italiano para decirle que, si le era igual, le hablaría en español. Pero en cuanto le vi, se me fue el santo al cielo y se lo dije en castellano. Me

respondió el Santo Padre, con acento muy americano (sudamericano):

–¡Sí, cómo no!

Le dije que había tenido la alegría de visitarle, en nombre de la Obra, hace tres años. Respondió que sí, que se acordaba perfectamente. Dije que ahora había venido a Roma, enviado por Usted, con los documentos para solicitar el *Decretum Laudis* (una fórmula de aprobación): entre ellos, unas cuarenta cartas comendaticias. Preguntó si para la Sagrada Congregación de Religiosos.

Después le fui hablando de la situación de la Obra (...). Alguna vez me interrumpía para decir:

–¡Qué belleza! ¡Qué alegría! Y cosas así.

Le recordé que la vez anterior me salté las rúbricas y que le había pedido no solo la bendición para el Padre, y para toda la Obra, sino que le había rogado que se acordase en sus oraciones de nuestro Padre. Él sonrió y dijo:

–¿Qué quiere Usted, que siga pidiendo?

Respondí que desde luego y me contestó que 'no lo olvidaba y que pedirá todos los días, como lo viene haciendo: y que, además, lo hace con mucha alegría'. Tuvo gracia que una de las veces que me interrumpió fue para decir:

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

–Ahora le recuerdo perfectamente, como si lo estuviese viendo de uniforme.

–Con condecoraciones y todo.

–Sí, sí, me acuerdo muy bien. (...).

Naturalmente, al hablar del Padre y de Camino le dije cómo Usted nos había enseñado a ser buenos hijos del Santo Padre.

Le llevé dos crucifijos buenos y le dije que uno era para Usted y el otro, en principio, para mí, para que los bendijera, como hizo[5].En los meses transcurridos en Roma, don Álvaro intensificó sus amistades y conocimientos con muchas personas en la Santa Sede, Por su simpatía natural y por el nivel de su trabajo se hizo un hombre muy querido y muy prestigiado en el Vaticano. Como es natural, el Padre estaba feliz de que fuese así y expresó su alegría en carta al obispo de Madrid:

«Álvaro hecho un héroe por esta Curia Romana: todo el mundo lo conoce y lo quiere»[6].

Una anécdota es también muy expresiva de lo mismo. Su madre, doña Clementina, y varios de sus hermanos viajaron a Roma, y don Álvaro les consiguió una audiencia con el Papa Pío XII. Su hermano Carlos se sorprendió por cómo saludó el Papa a don Álvaro: «¡Hola, ingeniero! ».

[5] Javier Medina, ob. cit., pp. 274-275.

[6] Javier Medina, ob. cit., p. 298.

A Carlos le impresionó la confianza y el afecto con que el Papa recibió a su hermano. Luego, Pío XII les dijo que a ellos «les debía suceder como las cerezas, porque Álvaro iría tirando de uno tras otro para el cielo»[7].

JUAN XXIII

Pío XII falleció el 9 de octubre de 1958 y el día 28 de ese mes fue elegido su sucesor: el anciano cardenal Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII.

Se encontró una Iglesia aparentemente tranquila, pero un tanto separada del mundo en que vivía. Muchas inquietudes hervían bajo esa aparente calma.

Los cambios sociales producidos después de la Guerra Mundial fueron importantes. Se sentía la urgencia de una nueva pastoral para un nuevo tiempo.

En algunos sectores de la intelectualidad católica se miraba con una cierta simpatía hacia corrientes marxistas, como un posible método de acción más eficaz que los empleados hasta entonces.

Se consideraba a Juan XXIII como un Papa de transición. Sin embargo, tres meses

[7] Javier Medina, ob. cit., p. 302.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

después de ser elegido, el 25 de enero de 1959, sorprendió a la Iglesia y al mundo con la convocatoria de un Concilio Ecuménico y el anuncio de la reforma del Código de Derecho Canónico.

El 11 de octubre de 1962 se inauguró el Concilio. El mundo presenció por televisión el largo cortejo de dos mil obispos (88 de países comunistas no pudieron asistir), de personalidades invitadas y observadores protestantes, etc.

En los medios de comunicación despertó tanta expectativa que se registraron mil doscientos periodistas. La mayoría de ellos iba a la caza de noticias sensacionalistas, como posibles disensos, novedades, tendencias enfrentadas; declaraciones que pudieran ser titulares de prensa.

El Papa Juan XXIII nombró a don Álvaro del Portillo, en la fase preparatoria del Concilio Vaticano II, como perito, y luego, ya abierta la asamblea conciliar, como secretario de la comisión que elaboraría el decreto Presbyterorum Ordinis.

Conforme avanzaba el Concilio, el trabajo de don Álvaro se fue haciendo cada vez más notorio, hasta ser uno de sus protagonistas. Dejó una huella anónima importante en los documentos, que luego constituyeron magisterio de la Iglesia.

Desde el 2 de mayo de 1959, fue

consultor de la Congregación del Concilio y en agosto fue nombrado presidente de la comisión preparatoria de laicos. También fue nombrado miembro de la comisión para estudiar «los medios peculiares de apostolado de nuestro tiempo».

Don Álvaro tenía mucho que decir sobre el laicado. Para su comisión, preparó un texto de sesenta páginas, que adelantó ideas de un libro suyo importante: *Fieles y laicos en la Iglesia*, traducido a varios idiomas.

PABLO VI

Entre la primera y la segunda sesión, murió, en mayo de 1963, Juan XXIII, el Papa que había convocado el Concilio. No se sabía qué pasaría. El 21 de junio de 1963 fue elegido el cardenal Montini nuevo Papa, Paulo VI, que enseguida resolvió la duda: continuaría el Concilio. Convocó la segunda sesión para el 29 de setiembre.

El trabajo de don Álvaro se intensificó, porque además de presidir la Comisión de Laicos, le tocó presidir la Comisión del Clero, ya que el cardenal Ciriaci delegó en él la presidencia.

«Hubo días –recuerda Julián Herranz, hoy cardenal– en que la jornada laboral de don Álvaro acababa bastante

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

después de medianoche. Cerradas las oficinas de la Santa Sede, nos teníamos que reunir en una de las residencias de los Padres Conciliares para ultimar la preparación de los textos que había que presentar al día siguiente»[8].

La tercera sesión del Concilio se inició el 14 de setiembre de 1964. Se fueron aprobando los documentos trabajados en los años anteriores. El 13 de octubre llegó el turno al documento sobre el clero, que don Álvaro, con la comisión, había trabajado a fondo y en extensión. La comisión coordinadora, sin mayor fundamento, los obligó a reducirlo a diez proposiciones o textos sintéticos.

Hicieron el esfuerzo de sintetizar el amplio texto preparado anteriormente, en las diez proposiciones. Un trabajo difícil, porque el texto incluía cuestiones muy importantes, que no se veía posible suprimir. Llegó el momento de presentarlo al pleno de la Asamblea conciliar y esta reaccionó con sorpresa y energía ante el minúsculo texto.

La Asamblea exigió un decreto digno de la función de los sacerdotes en la Iglesia, por lo tanto tenía que ser amplio y completo. La satisfacción de don Álvaro fue grande y enseguida comenzaron a trabajar el documento que la asamblea conciliar

[8] Hugo de Azevedo. *Misión cumplida. Mons. Álvaro del Portillo.* Palabra, Madrid, p. 186.

pedía.

Un trabajo en sentido inverso al anterior.

Al cardenal Ciriaci y a monseñor Pericle Felici, secretario del Concilio, les pareció imposible que pudiesen hacerlo antes de la clausura de esa sesión que se estaba celebrando, ya que el tiempo que les quedaba era poco para el volumen de trabajo a realizar. Sin embargo, don Álvaro pensó que había una razón muy fuerte para presentarlo antes de que se fuesen los padres conciliares; esta era que pudieran llevárselo y reflexionarlo con calma, antes de la cuarta y última sesión. El documento sobre los sacerdotes era importante y probablemente suscitaría numerosas sugerencias.

¿Qué hizo don Álvaro? Marcar un ritmo de acción intenso y muy bien organizado. Los integrantes de la comisión eran unas treinta personas, y los peritos y expertos unos cuarenta. A don Álvaro le correspondía organizarlos y distribuir el trabajo entre ellos. Lo hizo de tal modo que el penúltimo día de esa sesión entregó el texto impreso al secretario general del Concilio, monseñor Felici. Entusiasmado exclamó: «¡Miracolo!, ¡milagro! ».

Pudo entregarse un texto, suficientemente extenso y completo, a cada uno de los padres conciliares para que lo llevasen consigo a sus respectivos lugares y pudieran

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

trabajarlo. La importancia del tema, la función de los sacerdotes en la Iglesia, merecía una detenida atención.

La cuarta y última sesión se reabrió el 14 de setiembre de 1965. Los obispos habían podido estudiar el documento sobre los presbíteros. Hicieron muchas sugerencias, la mayoría no eran de fondo. El propio Papa Paulo VI hizo algunas, que vinieron a confirmar o incluso acentuar ideas contenidas en el documento.

El decreto sobre los presbíteros se sometió a votación el 4 de diciembre. Fue aprobado con 2,390 votos a favor y 4 en contra, una de las votaciones de mayor consenso que hubo en el Concilio.

El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, se clausuró solemnemente el Concilio Vaticano II. Seis días después, don Álvaro recibió una carta del cardenal Ciriaci:

«Reverendísimo y querido don Álvaro:

(....) Sé bien qué parte ha tenido en todo esto su trabajo inteligente, tenaz y delicado que, sin dejar de respetar la libertad de opinión de los demás, no ha dejado de seguir una trayectoria de fidelidad a los grandes principios de la espiritualidad sacerdotal. Al referirlo al Santo Padre, no dejaré de señalar todo esto.

Mientras tanto, deseo que le llegue a usted, con un caluroso aplauso, mi más sentido agradecimiento»[9].

A vuelta de correo contestó don Álvaro, agradeciendo las palabras tan expresivas y aprovechando para precisar la importancia de los nuevos horizontes que se habían abierto para todos los fieles cristianos:

«...no hemos hecho más que cumplir nuestro deber al servicio de la Iglesia..., convencido de que los resultados alcanzados producirán muchos beneficios en las almas, porque han recibido la solemne aprobación del Concilio que asegura su plena conformidad con los deseos del Señor..., le renuevo mi incondicionada disponibilidad para concluir el trabajo que aún queda por realizar»[10].

Hay una anécdota muy expresiva del prestigio que don Álvaro había alcanzado en la Curia Romana. La relata el teólogo Pedro Rodríguez:

«Un alto prelado de la Curia despachaba con el Papa Paulo VI sobre un asunto grave en la vida de la Iglesia. Expone al Papa el estado de la cuestión, los distintos pareceres y una propuesta de solución. El Papa escucha atentamente y hace una pregunta:

[9] Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 194-195.
[10] Javier Medina, ob. cit., pp. 411-412.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

–¿Cuál es el parecer de Del Portillo?

–Santo Padre, apoya la propuesta.

Concluye el Papa:

–Entonces, adelante»[11].

El Papa Paulo VI recibió en audiencia al fundador del Opus Dei, el 24 de enero de 1965. Va a tratar sobre el Opus Dei, encorsetado desde hace años en un estatuto jurídico que no le va. Monseñor Montini, desde sus primeros contactos con don Álvaro, entendió muy bien el Opus Dei. La entrevista fue cordial y llena de afecto. Don Álvaro entró al final a saludar al Papa.

Hacía algunos años que no se veían, pero el afecto mutuo continuaba vivo en uno y en otro. El Santo Padre lo saludó como a un antiguo amigo y le dijo:

–¡Don Álvaro, me he hecho viejo!

Don Álvaro respondió rápidamente:

–¡No, santidad, se ha hecho Pedro!

El 26 de junio de 1975 murió el Fundador del Opus Dei y el 15 de setiembre de ese año fue elegido don Álvaro del Portillo como su sucesor.

Varios meses después, el 5 de enero de 1976, don Álvaro tuvo una entrevista amplia, de más de una hora, con el Papa Paulo VI. Ya en aquel primer viaje a Roma,

[11] Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 200-201.

en 1943, el entonces monseñor Montini y el ingeniero Del Portillo sintonizaron rápidamente. Monseñor Montini se convirtió en el Papa Paulo VI y el ingeniero Del Portillo se hizo sacerdote y, treinta y un años después, es primer sucesor del fundador del Opus Dei. Ahora se encuentran en una entrevista en la que se abordan temas muy importantes.

Inicialmente, Paulo VI lo felicitó por su elección.

–«Santidad, agradezco mucho esta felicitación, pero yo pido al Santo Padre que me conceda su bendición y sus oraciones, porque yo soy el sucesor de un santo y eso no es nada fácil.

–Pero ahora el santo está en el cielo»[12].

Don Álvaro pidió permiso para transmitir a los fieles del Opus Dei algo de lo conversado con el Papa:

«Me dijo que consideraba que nuestro fundador es uno de los hombres que han recibido más carismas, más gracias de Dios, a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Y que siempre respondió con generosidad, fiel a esos dones divinos.

En otras palabras, que lo considera como uno de los santos más grandes. Esto lo subrayó varias veces»[13].

[12] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 209.

[13] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 209.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Don Álvaro del Portillo con Paulo VI, en 1976.

También le dijo el Papa algo que don Álvaro no necesitó pedir permiso para transmitirlo, porque era evidente que el Papa deseaba que lo transmitiese:

«Me dijo con insistencia que si queremos ser fieles a la Iglesia y servirla como lo ha hecho nuestro Padre, hemos de ser muy fieles al espíritu de nuestro fundador.

A mí, concretamente, me decía:

–Usted, cada vez que deba resolver

un asunto, póngase en presencia de Dios, y pregúntese: ¿en esta situación, qué haría mi fundador?; y obre en consecuencia.

Diga a todos sus hijos y todas sus hijas que, siendo fieles al espíritu del fundador, servirán a la Iglesia como la han servido hasta ahora: con eficacia, con profundidad, con extensión»[14].

Don Álvaro ya venía haciendo esto que el Santo Padre le dijo, pero le dio mucha alegría oírlo de labios del Papa. Además, ahora, cada vez que lo haga, sabrá que está actuando de acuerdo con el deseo del Romano Pontífice.

Le comentó también el Papa algo que le dio mucha alegría. Le dijo que, «desde hace muchos años, leía Camino a diario y le hacía un gran bien a su alma, y me preguntó a qué edad lo había publicado nuestro fundador.

Le respondí que lo había dado a la imprenta cuando tenía treinta y siete años, pero precisé que el núcleo del libro ya había aparecido con el título de Consideraciones espirituales, en 1934, y lo había redactado un par de años antes, es decir, cuando tenía treinta años.

El Papa se quedó un momento pensativo y después observó:

[14] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 210.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

–Entonces lo escribió en la madurez de su juventud»[15].

Don Álvaro fue contando al Santo Padre las tertulias de catequesis por diversos países de Europa y de América; el Papa le iba preguntando repetidas veces:

- ¿Han escrito todo eso?

–Sí, Santo Padre, y no solamente está escrito sino que se ha recogido en películas.

–Perdone que insista, pero todo lo que se refiere al fundador, a su enseñanza doctrinal escrita o vivida, a los sucesos de su vida, no pertenece ya solo al Opus Dei: forma parte de la historia de la Iglesia[16].

«Esto es un tesoro, no solamente para el Opus Dei, sino para toda la Iglesia»[17].

También don Álvaro comentó al Papa que había aprendido de san Josemaría a ofrecer diariamente la santa misa por la Iglesia y por el Papa. Esto conmovía al Santo Padre, pero respondía que rezase sólo por la Iglesia. Don Álvaro razonaba por qué no podía hacer solo eso:

«Yo, con respeto, le dije:

–Santidad, yo no puedo separar la

[15] Javier Medina, ob. cit., p. 453.
[16] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 210.
[17] Javier Medina, ob. cit., p. 453.

cabeza del cuerpo. No puedo rezar por la Iglesia sin pedir al mismo tiempo por la cabeza visible de la Iglesia, que es el sucesor de san Pedro.

–No, no. Rece por la Iglesia, por la Iglesia.

Insistí: –Vuestra Santidad me acaba de recomendar que sea muy fiel al espíritu de nuestro fundador. Y como él ofrecía siempre la misa por la Iglesia y por el Papa, si yo hago lo mismo, soy fiel a su ejemplo y obedezco, también en esto, a vuestra santidad.

–Bueno, haga como desea. Al pedir por la Iglesia, pida por la situación de la Iglesia»[18].

También fue motivo importante de la conversación el tema de la transformación de la Obra en Prelatura Personal. El Papa sugirió dar comienzo al proceso canónico.

Don Álvaro propuso dejar pasar algo de tiempo para que no pareciera a algunos que la sucesión de san Josemaría estaba suponiendo una ruptura institucional. El Papa estuvo de acuerdo en esperar, pero deseando vivamente comenzar los trámites necesarios, de modo que añadió: «La cuestión continúa abierta»[19].

[18] Javier Medina, ob. cit., pp. 210-211.
[19] Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 481.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Álvaro del Portillo amaba apasionadamente la unidad de la Iglesia. Salvador Bernal relata que "en agosto de 1976 un informativo de televisión abrió su programa con monseñor Lefèbvre. Don Álvaro se llevó un buen disgusto y nos insistió en rezar mucho por la Iglesia. Aquella noche se le veía francamente preocupado. A la mañana siguiente decidió poner un telegrama a Pablo VI para reiterarle la unión de la Obra y ofrecerle la oración de todos en este momento difícil.

Por esos días subrayó que si debíamos mostrar siempre una identificación sincera con el Papa y con los Obispos, era más necesario aún en estas duras circunstancias.

-Hay que rezar más concluía.

El 19 de junio de 1978 volvieron a verse nuevamente el Papa Paulo VI y don Álvaro. Así recuerda la entrevista:

«El Santo Padre tuvo la delicadeza de fijar la audiencia para una fecha en que solo recibía a dos personas y yo fui el segundo, para poder disponer de más tiempo.

Ya sabéis que es costumbre no contar nada de estas conversaciones con el Romano Pontífice, pero algo sí os puedo comentar, porque le pedí permiso expresamente.

Me contó que al conocer a nuestro Padre enseguida se dio cuenta –repito la palabra italiana que empleó el Papa– de la "straordinarietà" de la figura de monseñor Escrivá de Balaguer, es decir, que se trataba de una persona extraordinaria, y que, además, la Obra era para él una muestra evidente de la santidad de nuestro fundador.

Me insistió en que nos mantuviésemos muy fieles al espíritu de nuestro Padre, porque así seremos fieles a la Iglesia»[20].

Al momento de despedirse, el Papa hizo una petición a don Álvaro:

–«Ahora no me puedo mover de aquí más que en contadísimas ocasiones y me es imposible ir a la cripta a rezar, como es mi deseo. Pero usted, cuando regrese a su casa, imagine que es el Papa y, en mi nombre, arrodíllese delante de la tumba del santo y pida por mí y por la Iglesia.

–Un deseo de Su Santidad es una orden para mí. En cuanto llegue, iré inmediatamente a la cripta.

–No, enseguida no: primero tiene que almorzar. Haga lo que le he dicho a otra hora, pero en este mismo día»[21].

[20] Javier Medina, ob. cit., pp. 464-465.
[21] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 211.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Don Álvaro volvió conmovido al ver el deteriorado estado de salud de Paulo VI. Insistió en que había que rezar mucho por él, para que el Señor le diera la fortaleza que necesitaba para guiar la Iglesia en esos difíciles momentos de crisis[22].

Al mes y medio falleció el Papa. Don Álvaro estaba en el norte de España, en Solavieya. Salvador Bernal, escritor y periodista, que se encontraba con él en esos momentos, relata cómo recibieron la noticia:

«Enseguida perfiló los planes para regresar inmediatamente a Roma, mientras insistía en ofrecer sufragios por el alma de Paulo VI y rezar por el Papa que había de venir.

En la noche, Televisión Española dedicó a Paulo VI un programa informativo especial: flojo, sin piedad, superficialísimo. A don Álvaro le dio una gran pena y manifestó su desagravio en voz alta. Era inmenso su amor al Papa. Al día siguiente, fue al santuario de Covadonga a dejar sus preocupaciones y esperanzas en las manos de la Virgen»[23].

[22] Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 465.

[23] Salvador Bernal. *Alvaro del Portillo.* Eunsa, Pamplona, España, pp. 52-53.

JUAN PABLO I

Cardenales de diversos países iban llegando a Roma, y varios deseaban conversar con don Álvaro. Entre otros, fueron a almorzar y rezar en la cripta donde estaba enterrado san Josemaría, en días distintos, Albino Luciani y Karol Wojtyla.

El cardenal Luciani, semanas antes, había publicado un artículo, profundo y ágil, sobre el fundador del Opus Dei, en un diario de Venecia. Don Álvaro le agradeció el artículo y el cardenal le dijo:

«Pues estuve dudando si escribir un estudio más teológico, para una revista especializada, o este, más periodístico. Al final me decidí por hacer algo que pudiera llegar a muchas personas»[24]. Ese artículo se publicó el 25 de julio de 1978, en *Il Gazzettino*, de Venecia.

El cónclave duró poco, porque al día siguiente fue elegido el cardenal Luciani, que, por primera vez en la historia de la Iglesia, tomó un nombre compuesto, el de Juan Pablo, por los dos Papas anteriores, Juan XXIII y Paulo VI.

Pronto se ganó la enorme simpatía popular, por su bondad y su ingenio. Fue llamado el Papa de la sonrisa. Pero solo duró treinta y tres días: del 26 de agosto al

[24] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 214.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

29 de setiembre. ¡Dios sabe más! Son los designios insondables de la providencia divina.

En esos pocos días había pensado en el Opus Dei, que el 2 de octubre iba a cumplir cincuenta años de existencia. Escribió una carta de felicitación a don Álvaro y, además, en esa carta manifestaba el deseo de iniciar el proceso para la configuración como Prelatura Personal. El cardenal Villot, secretario de Estado, se lo comunicó a don Álvaro al acabar el funeral del Papa. Le dijo que no pudo enviarla porque Juan Pablo I no había llegado a firmarla.

Nuevamente se convocó otro cónclave, para el 14 de octubre. Don Álvaro animó a todos a tener visión sobrenatural y a entender, con la lógica de la Cruz, el dolor que atravesaba la Iglesia, inexplicable para la inteligencia humana.»[25].

JUAN PABLO II

El día 16, por la tarde, apareció la fumata blanca. Recibió con gran alegría la primera bendición de Juan Pablo II y escuchó emocionado y esperanzado el «no tengáis miedo», que inauguraba un largo y muy distinto Papado, y que abriría nuevos surcos en la vida de la Iglesia.

[25] Javier Medina, ob. cit., p. 466.

Pocos días después de ser elegido Papa, Juan Pablo II recibió en audiencia a don Álvaro: un encuentro informal, afectuoso. El Papa le pidió que transmitiera su bendición a todos los fieles de la Obra y les dijera que los animaba en su labor apostólica y que rezaba por el Opus Dei[26].

No hubo que esperar mucho para que el nuevo Romano Pontífice diera un impulso al camino jurídico: el primer día del año 1979, don Joaquín Alonso, sacerdote del Opus Dei a quien Juan Pablo II pidió que le ayudase a mejorar su español, almorzó con el Papa. Don Álvaro anota en su calendario litúrgico, que le sirve como diario:

(El Papa) «brinda por la Obra y le pide a Dios que en este año nos conceda todo lo que haga falta»[27].

La sugerencia del Papa se hizo efectiva. Diez días después, se presentó la solicitud a la Congregación de los Religiosos (de la que dependía entonces el Opus Dei), para que se tramitase el asunto en la Congregación de los Obispos (de la que dependerá como Prelatura Personal) y de la que era prefecto el cardenal Baggio. El 23 de abril se iniciaron los necesarios trámites, con la entrega de un amplio estudio sobre la cuestión[28].

[26] Cfr. Javier Medina, ob. cit., p. 475.
[27] Javier Medina, ob. cit., p. 483.
[28] Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 224.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En el proceso de transformación del Opus Dei en Prelatura Personal, lo más importante, para don Álvaro, era la oración. Por eso declaró ese año 1979, año mariano, en el que animó a los miembros del Opus Dei a rezar intensamente a la Virgen. Cuando iba a terminar, decidió prolongarlo un año más, como preparación para los cincuenta años del comienzo de la labor de la Obra con mujeres, que se cumplían el 14 de febrero de 1980.

El cardenal Baggio entregó toda la documentación del camino jurídico del Opus Dei al Papa, con el parecer favorable de los expertos que lo habían estudiado en el Vaticano. El Papa le hizo saber que daría su respuesta el día 16 de mayo. Es sabido que tres días antes, el 13 de mayo de 1979, un pistolero profesional dispararía sobre el Papa, a muy pocos metros, en una plaza de san Pedro repleta de fieles, a las 5 y veinte minutos de la tarde.

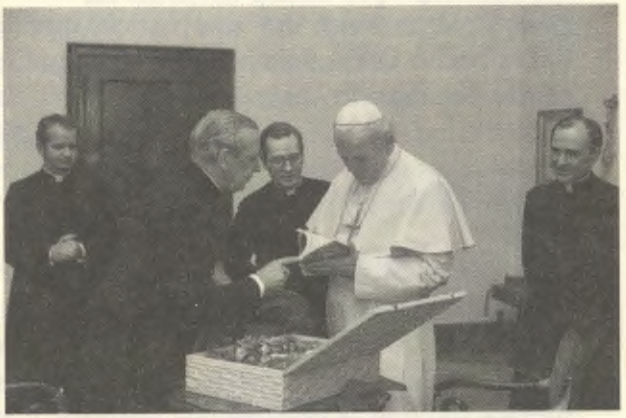
Cuando ocurrió el atentado, don Álvaro estaba en una reunión de trabajo. Le informaron enseguida, se levantó, rezó un Padrenuestro y una Salve. A partir de ese momento, no se interrumpió su oración por el Papa. Se acercó al policlínico Gemelli esa misma tarde. Escribió una carta a la Secretaría de Estado en la que decía:

«No hacemos más que rezar y rezar, al Señor y a la Virgen Santísima, pidiendo por nuestro amado Santo Padre (...), la

persona que más queremos en esta tierra»[29].

La recuperación fue larga y dolorosa. Millones de personas rezaron intensamente por el Papa. Los medios de comunicación del mundo informaban diariamente con afecto y respeto.

Durante varios días, el Papa estuvo entre la vida y la muerte. A Dios gracias, unas semanas después pudo trasladarse al Vaticano para continuar allí su recuperación. Pero surgieron complicaciones y el 20 de junio tuvo que ser ingresado de nuevo en el Gemelli, con una fuerte infección que costó mucho combatir.



Don Álvaro estableció una gran amistad con Juan Pablo II.

A mediados de julio, don Álvaro iba a salir de Roma y, como ya era costumbre, deseaba

[29] Javier Medina, ob. cit., p. 492.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

pedir la bendición del Papa. Fue al hospital, acompañado por don Javier Echevarría y don Joaquín Alonso, y solicitó al secretario del Papa que, a través suyo, le enviase su bendición. Al mismo tiempo le transmitía que toda la Obra rezaba por él. El secretario les hizo esperar un momento y poco después les invitó a pasar unos instantes. A don Álvaro se le quedaron muy grabados esos pocos minutos:

«Eran las once de la mañana y la habitación estaba en penumbra. Se alegró de nuestra presencia y, después de arrodillarme para besar su mano, cogí su brazo y noté que quemaba por la fiebre. Yo le dije, como nos hacía considerar nuestro Padre cuando alguien estaba enfermo, que ese padecimiento suyo era una caricia que le había hecho la Santísima Virgen, porque le estaba acercando más a Dios. Y si la enfermedad es siempre un tesoro, la del Papa supone todavía una riqueza mayor para su persona y para toda la Iglesia.

'Eso mismo pienso yo', afirmó Juan Pablo II. Nos comentó que durante el día, además de rezar, oye algo de música, y le gusta escuchar un casete de canciones mexicanas, que le preparamos nosotros y le llevó don Joaquín –fue profesor suyo de español–; prefiere en especial 'La morenita'»[30].

Muy pocos días después, el Papa

[30] Javier Medina, ob. cit., p. 493.

llamó al cardenal Baggio al hospital. Los médicos le habían consentido que lo viese por unos minutos. Al cardenal le dio alegría y dudó si llevar algún expediente de los que tenía en estudio. El propio cardenal lo relata así:

«Al fin decidí no llevar ningún papel, aunque me preparé mentalmente algunos temas por si me preguntaba por ellos. Llegué al Gemelli. Y nada más entrar a la habitación, después de saludarme afectuosamente, el Papa me dijo:

–Eminencia, le he llamado para decirle que siga adelante con el estudio de la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal»[31].

El cardenal quedó impresionado por el interés del Papa por este asunto, a pesar de su enfermedad, y comentó:

«Verdaderamente, esto viene de Dios»[32].

El día 23 de agosto, Juan Pablo II mandó publicar su decisión de erigir al Opus Dei como Prelatura Personal, pero retrasando la publicación del documento oficial por razones técnicas.

Una anécdota muy expresiva denota cómo a don Álvaro no se le pasaba el más mínimo detalle de la vida de san Josemaría y, también, cómo la Divina Providencia sabe

[31] Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 229-230.

[32] Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 230.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

elegir las fechas. Desde cuatro días antes, el cardenal Baggio comunicó a don Álvaro que el Papa iba a hacer pública su decisión. Llegó el día 21, que es san Pío X, patrono de las relaciones del Opus Dei con la Santa Sede, y parecía una fecha muy adecuada para la declaración pública del Papa, pero pasó en blanco. El día siguiente era una fiesta de la Virgen, Nuestra Señora Reina, y también pasó sin noticias. Por fin, el 23, ¡salió al aire la noticia! Alguien, cerca de don Álvaro, comentó:

–¡Un día cualquiera!

Enseguida intervino don Álvaro:

–¡No es un día cualquiera! Es el aniversario de una locución divina a nuestro Padre; es la gran misericordia que esperábamos.

La historia es esta: once años atrás, el 23 de agosto de 1971, después de celebrar la santa misa, san Josemaría escuchó, en latín, unas palabras que se le quedaron grabadas a fuego: *adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur*, que traducido al español significa: «vayamos con confianza al trono de la Gloria (que es María) para alcanzar misericordia». Esas palabras las repitió san Josemaría muchas veces, confiando en la intercesión poderosa de María. Millares de personas las repitieron también, uniéndose a la petición de san Josemaría.

El cardenal Julián Herranz recuerda la tarjeta postal recibida en Roma, días después de esa locución, con esas palabras, escritas de puño y letra de san Josemaría, que entonces estaba en el norte de Italia[33].

La Virgen contestó un 23 de agosto otorgando, por misericordia de Dios, la transformación del Opus Dei en Prelatura Personal. Por tanto, era un día muy oportuno para que el Papa hiciese pública su decisión.

El último paso de tan largo proceso se dio el 26 de noviembre de 1982. El cardenal Baggio comunicó oficialmente a don Álvaro que el Papa había creado la Prelatura Personal del Opus Dei, que lo había nombrado prelado y que la noticia se daría en los medios de prensa y televisión al mediodía del día 27. Esa tarde, con fecha 28 de noviembre, la publicó el diario del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, con lo cual quedó oficialmente promulgada por la Santa Sede.

Al poco tiempo de ser elegido como primer prelado de la Prelatura del Opus Dei, comenzó a circular por el Vaticano la voz de que iba a ser nombrado obispo en fechas próximas. En cuanto se enteró, solicitó inmediatamente una audiencia con el Papa, Juan Pablo II. Se la concedieron. Don Álvaro, con la confianza que tenía con el Papa, entró directo al tema:

---

[33] Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., pp. 233-234.

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Santo Padre, me he enterado de esto. Yo, siguiendo el ejemplo de nuestro fundador, he pedido muchas oraciones y muchas santas misas y muchos sacrificios y muchas horas de trabajo, para llegar a la solución jurídica de la Prelatura que deseaba nuestro fundador. Si ahora se me nombra obispo, el diablo puede hacer pensar a alguno que he hecho rezar tanto para ser obispo yo; y esto no es verdad, y yo no quiero escandalizar a nadie.

O sea, Santo Padre, que no puedo aceptar. Y si se juzga necesario que el prelado sea obispo, yo desde este momento pongo mi cargo en sus manos, dimito. Entonces me dijo:

–No, quédese tranquilo»[34].

Efectivamente, se quedó tranquilo pero quedó clara la disposición de don Álvaro de no buscar nada para sí mismo. Don Álvaro sabía, por muchas razones, que convenía a la naturaleza de la Prelatura que el prelado fuera obispo. Pero no lo deseaba para él, sino para sus sucesores.

Ocho años después de erigida la Prelatura Personal, el 29 de noviembre de 1990, el cardenal Gantin, prefecto de la Congregación para los Obispos, le comunicó a don Álvaro que el Santo Padre deseaba conferirle la ordenación episcopal y le pedía que aceptara. En ese tiempo, el peligro de

[34] Javier Medina, ob. cit., pp. 647-648.

escándalo que expuso al Papa en 1983 ya no existía.

Sin embargo, don Álvaro no deseaba ser obispo. Pidió permiso para consultar el asunto con su confesor, monseñor Javier Echevarría.

En la consulta se le hizo ver que no se trataba de un reconocimiento a su persona, sino que era algo conveniente para la figura jurídica de la Prelatura del Opus Dei y para su eficacia pastoral. Solo en este contexto, escribió al Papa aceptando.

Así se entiende también el modo impersonal de dar la noticia a los fieles de la Obra que vivían entonces en Villa Tevere. Los reunió y les dijo:

«El prelado recibirá el sacramento del Orden en plenitud (el episcopado): habrá una nueva efusión del Espíritu Santo sobre la cabeza de la Obra y, por la comunión de los santos, de algún modo, sobre todo el Opus Dei. De este modo el prelado formará parte del Colegio Episcopal y será sucesor de los apóstoles»[35].

Eligió para su escudo episcopal el sello de la Obra –la cruz de Cristo metida en la entraña del mundo–, acompañado de una rosa. El lema episcopal fue: *Regnare Christum volumus* (queremos que Cristo reine).

En el contexto del derecho de la

[35] Javier Medina, ob. cit., pp. 648-649.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Iglesia, cualquier tipo de gobierno pastoral, por regla general, se confía a un obispo. Más todavía si esa parte de la Iglesia tiene una importancia pastoral grande y si, además, el presbiterio de esa jurisdicción eclesiástica cuenta con muchos sacerdotes.

Este es el caso de la Prelatura del Opus Dei, que tiene un peso importante en la pastoral de la Iglesia y que, además, cuenta con gran cantidad de sacerdotes incardinados. No sería lógico que el prelado que gobierna ese presbiterio fuera solo presbítero[36].

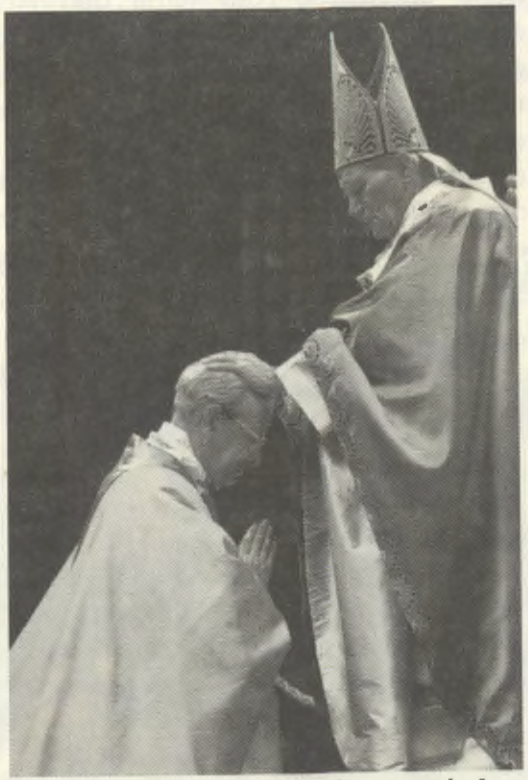
La ordenación episcopal fue el 6 de enero de 1991, fiesta de la Epifanía, cuando estaba cerca de cumplir los setenta y siete años. La recibió de manos de Juan Pablo II, en la Basílica de San Pedro, junto a otros doce nuevos obispos, de diez países diferentes.

A su edad, algunos momentos suponían un particular esfuerzo, como estar arrodillado mientras todos los otros obispos le imponían las manos, que eran más de doscientos.

A su lado se ordenaba otro sacerdote de la Prelatura, don Julián Herranz, y estaba pendiente de él, sobre todo para ayudarlo a levantarse, «sin embargo -cuenta don Julián- se alzó con una agilidad sorprendente, casi juvenil. Don Álvaro

[36] Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 258.

resistió casi media hora de rodillas. Luego supimos cómo resistió: puso toda su sensación de flaqueza en las manos de Dios. Como siempre»[37].



En su ordenación episcopal, de manos de Juan Pablo II

[37] Hugo de Azevedo, pp. 261-262.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Entre los doscientos obispos se encontraba monseñor Ignacio María de Orbegozo, entonces obispo de Chiclayo (Perú) y anteriormente primer prelado de Yauyos y Cañete, a quien ligaban con don Álvaro muy antiguos lazos de cariño y de intensas experiencias vividas juntos. En las horas siguientes, comentaría don Álvaro que, aunque no podía verlo por estar él arrodillado, notó cuando le impuso las manos monseñor Orbegozo, por lo fuerte que apretaba. A su vez, este contestaba –en un comentario informal, muy a su estilo– que si apretaba las manos sobre su cabeza era para que a él le pasase algo de la sabiduría y las virtudes de don Álvaro.

En un momento de la ceremonia de su ordenación episcopal.

También recuerda don Julián Herranz lo siguiente:

«Cuando, dentro de la ceremonia, el Papa pregunta: ¿nos disponemos a cumplir fielmente, hasta la muerte, los deberes de nuestro ministerio episcopal?, miré al rostro de don Álvaro, que con expresión firme y serena respondía un decidido '¡Sí, lo quiero!'... Si me pidieran una biografía sobre él, con quien viví durante cuarenta años, la resumiría en estas tres palabras: '¡Sí, lo quiero!'. Su vida fue eso: un continuo sí a los requerimientos de Dios».

Y añade:

«Vivió la ceremonia con un recogimiento muy particular, se veía que estaba siguiendo todos los momentos de la liturgia con un intenso espíritu de oración. Estaba rezando. Nos dijo después que estaba pidiendo al Señor sobre todo una virtud, la virtud de la fidelidad»[38].

Semanas después, el último día de 1991, en una conversación informal y haciendo como el recuento del año, aludió a su ordenación episcopal diciendo:

«Pensaba que sería para mi sucesor, yo no he rezado nunca para ser obispo, sino para que fuese obispo mi sucesor, como prelado del Opus Dei»[39].

Cumplido el sueño de ver culminado el camino jurídico de la Obra, quedaba

[38] Hugo de Azevedo, pp. 261-262.
[39] Javier Medina, ob. cit., p. 648.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

todavía otro sueño por realizar: la beatificación del Fundador del Opus Dei. El 17 de mayo de 1992, casi trescientas mil personas repletaban la plaza de San Pedro. Gran parte de los asistentes venían de lejos, incluso de otros continentes. Cuando don Álvaro, el 17 de mayo, descendió hacia el altar, en el cortejo de concelebrantes, muy cerca del Papa, no quiso mirar la multitud porque quería concentrarse en el santo sacrificio. Sabía que estaban allí, agradecía que estuviesen y los encomendaba, pero quería concentrarse en el Señor[40].

Al día siguiente estaba prevista una misa de acción de gracias, celebrada por el Prelado. ¿Dónde? ¿Un estadio? Parecía lo único posible, se pensó en el estadio Olímpico de Roma y se pidió autorización a la municipalidad, que la concedió. Luego, se pidió una opinión a la Santa Sede.

El Papa no contestó de momento, sino que dijo que deseaba pensarlo. Pocos días después dio la solución:

–¿Por qué no en la plaza de San Pedro?

Además ese día ¡celebraba su 72 cumpleaños y podrían saludarlo! Así fue y al final de la misa entró en su Papamóvil, recorrió sin prisas la plaza, mientras iba sonando el *happy birthday*.

[40] Cfr. Hugo de Azevedo, ob. cit., p. 267.

La santa misa la celebró don Álvaro ante una plaza de San Pedro nuevamente repleta.

Saludando al Papa Juan Pablo II por su cumpleaños, el día de la misa de acción de gracias por la Beatificación del fundador del Opus Dei.

Llegó el ochenta cumpleaños de D. Álvaro, el 11 de marzo de 1994. Ese día recibió un quirógrafo, en italiano, del Papa Juan Pablo II que, traducido al castellano, dice así:

«Al venerado y querido hermano Álvaro del Portillo, que con el alma agradecida al Señor celebra su ochenta cumpleaños, expresándole mi vivo aprecio por su fiel trabajo al servicio de la Iglesia e

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

implorando abundantes gracias celestiales para un ministerio todavía prolongado y rico en frutos, le imparto de corazón una especial Bendición Apostólica, haciéndola extensiva con afecto a todos los sacerdotes y laicos de la prelatura del Opus Dei»[41].

Don Álvaro contestó enseguida al Papa diciendo, entre otras cosas:

«Esa manifestación tangible de afecto me ha conmovido en lo más íntimo del alma»[42].

El mismo año, vio cumplido un sueño, largamente acariciado: el comienzo de la labor de la Obra en la India.

Quedaba otro sueño por realizar: visitar Tierra Santa. No había ido hasta entonces, para seguir la costumbre de san Josemaría de realizar viajes únicamente por motivos apostólicos o de trabajo. Ahora ya existía ese motivo, porque habían comenzado las actividades regulares del Opus Dei en Jerusalén, de modo que su presencia daría un buen impulso a la labor apostólica y sería gran motivo de alegría para sus hijos y sus hijas. Así que aceptó con sumo gusto la sugerencia de viajar a Tierra Santa.

Tres días después, de cumplir ochenta años partió a Jerusalén. Vivió los recorridos por Tierra Santa con un gozo bien

[41] Javier Medina, ob. cit., p. 670.
[42] Javier Medina, ob. cit., p. 670, nota 98.

visible y muy unido a Jesucristo. Fueron días de una continua oración.

–He venido aquí a rezar, había dicho nada más llegar.

El martes 22, último día de su viaje, celebró la santa misa en la iglesia que se halla junto al oratorio del Santo Cenáculo. Monseñor Javier Echevarría recuerda que «le impresionó ver la unción con que se revistió. Se le veía reconcentrado, emocionado»[43]. Iba a ser su última misa.

En el aeropuerto de Ciampino, en Roma, le esperaban unas familias. Una niña le ofreció un ramo de flores. Don Álvaro, contento y sonriente, le preguntó su nombre y luego le dijo:

–Tú me regalas esas flores, ¿te importa que yo se las regale a la Virgen?[44].

Sobre las 10 de la noche, entró en su casa y se dirigió al oratorio para saludar al Santísimo. Luego, saludó con afecto a los que estaban en la casa, unas bromas y un «ya hablaremos». Poco después, se retiró a su habitación.

Se acostó con dificultades respiratorias. No quería molestar a nadie, pero la taquicardia iba en aumento. A las tres y diez de la madrugada llamó a don Javier

[43] Javier Medina, ob. cit., p. 676.
[44] Javier Medina, ob. cit., p. 677.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Echevarría y le dijo con una gran serenidad:

–Tengo el corazón desbocado.

Acudió enseguida el médico, que comprobó que la situación era muy grave y así lo hizo saber.

Don Álvaro mantuvo su absoluta paz y hasta le hizo una broma al médico referente a su bata de noche.

En el aeropuerto de Roma, a su regreso de Tierra Santa.

Le preguntó si aquello era una chilaba árabe.

«No, padre, es un kimono», contestó sonriendo. Y salió enseguida para traer una bombona de oxígeno. Don Javier Echevarría

le administró la absolución sacramental y la unción de los enfermos. Don Álvaro seguía con la paz que le había caracterizado toda su vida. Se le notaba totalmente abandonado en las manos de Dios.

Empezó a perder la conciencia. Se pusieron todos los medios médicos posibles para reanimarlo. La oración de todos era intensa. A las 4 de la madrugada el médico certificó que había fallecido. El dolor por su muerte iba acompañado de la alegría que producía saber que estaba ya gozando de la visión de Dios, para siempre.

En la mesilla de noche había una tarjeta de visita. La que le dejó Roberto, el piloto del avión que lo trajo de Israel. Es el último amigo que hizo en la tierra. Nunca dejó pasar la oportunidad de hacer un nuevo amigo, al que acercaba a Dios, y el piloto ya lo era. Pocas horas después, Roberto estaba rezando junto al cuerpo de don Álvaro. No salía de su asombro. Le contó a alguien que estaba a su lado:

«Hablamos mucho en el avión. Se interesó por mi trabajo, por mi vida. Me pidió que le enseñara una foto de mi novia, para bendecirla. Se le veía un hombre feliz, lleno de serenidad, con gran cariño. Me impresionó su emoción por haber visitado Tierra Santa»[45].

[45] Jorge Molinero, *Siervo bueno y fiel*, Especial "Mundo Cristiano", Eunsa, Pamplona, 1994, n. 385, p. 6.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

A las seis y media de la mañana, D. Javier Echevarría, Vicario General de la prelatura, telefoneó al secretario del Papa, para comunicarle la noticia. Lo supo antes de celebrar la Santa Misa. El Santo Padre decidió ir a rezar en la capilla ardiente donde se encontraba el cuerpo de monseñor del Portillo.

A media tarde, la presencia de la policía en los alrededores hizo suponer la visita de alguien especialmente importante. A las seis y pocos minutos, el automóvil con matrícula SCV 001 del Vaticano se detuvo en la puerta. Don Javier Echevarría recibió al Santo Padre, Juan Pablo II.

Juan Pablo II, rezando ante los restos de don Álvaro del Portillo.

Mientras lo acompañaba, en la breve conversación, le contó que la última misa que celebró don Álvaro fue en la iglesia del

Cenáculo y que, como siempre, la ofreció por el Papa y por sus intenciones. El Santo Padre se interesó por la hora en la que había celebrado el día anterior, que era a las once de la mañana, y pensativo, comentó: unas diecisiete horas antes de su tránsito.

El Papa se arrodilló ante el cuerpo de don Álvaro y rezó durante unos cuantos minutos, en profundo recogimiento.

Cuando se levantó, se le ofreció una cartela con el responso, pero prefirió incoar la *Salve Regina*, seguida de tres Glorias y las invocaciones *Requiem aeternam dona ei, Domine* (Dale, Señor, el descanso eterno) y *Requiescat in pace.* (Descanse en paz). Después, roció el cuerpo con agua bendita y se arrodilló de nuevo en oración.

Antes de salir, firmó en el libro de condolencias. Ya en la calle, el Papa bendijo a los que estaban esperándolo y viendo que en los edificios próximos la gente estaba en las ventanas, los bendijo también.

Días después, Juan Pablo II se dirigió a los universitarios, hombres y mujeres de muchos países del mundo, que habían venido a pasar la Semana Santa en Roma, en el marco del programa UNIV. Casi todos ellos participaban de los medios de formación que se imparten en los centros del Opus Dei, dirigidos a la juventud. Por tanto, conocían bastante bien a monseñor Álvaro del Portillo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El Santo Padre les dijo: "en estos días, el recuerdo de tierra Santa para vosotros está vinculado también a la persona de monseñor Álvaro del Portillo. En efecto, antes de llamarlo a Sí, Dios le concedió realizar una peregrinación a los lugares donde Jesús pasó su vida terrena. Fueron días de intensa oración que lo unieron estrechamente a Cristo, y así lo prepararon para el encuentro definitivo con la Santísima Trinidad"[46].

[46] Salvador Bernal, "*Recuerdo de Álvaro del Portillo*", 8ª edición, Rialp, Madrid, p. 289.

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei